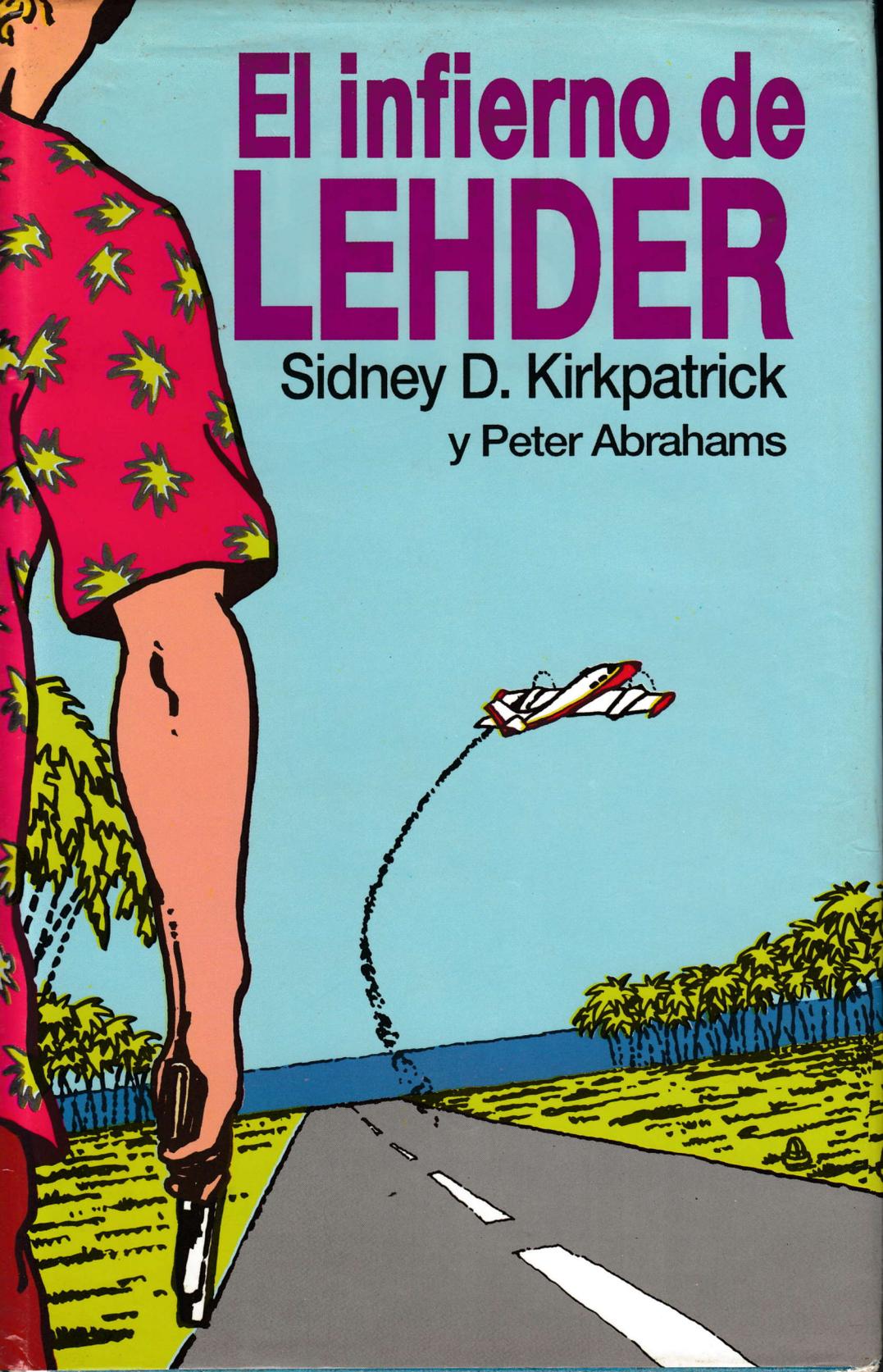


El infierno de **LEHDER**

Sidney D. Kirkpatrick
y Peter Abrahams



Al igual que dos contrincantes en el pesaje, estos hombres habían tenido la oportunidad de conocerse antes de la pelea. La diferencia era que ninguno de ellos sabía lo que le esperaba, pero ambos parecían boxeadores, unos peso pluma, específicamente: cada uno medía cinco y medio pies y ambos eran delgados y musculosos. El colombiano tenía veintiocho años; el norteamericano era fuerte y atlético pero, en realidad, a los cuarenta y siete años, estaba demasiado viejo para el ring.

Primavera de 1978. El colombiano, Carlos Lehder Rivas, entró como un campeón rodeado de su séquito. Caminó pesadamente hasta la recepción del Hotel Treasure Cay de la isla Abaco, en las Bahamas, sacó del bolsillo un grueso fajo de dólares y alquiló un piso entero. El norteamericano, Richard Novak, quien acababa de llegar (recogido por algún conocido en un buque pesquero de alquiler), observaba desde un asiento en el lobby. Estaba solo.

Novak era observador, tanto por naturaleza como por entrenamiento. Contó los hombres que acompañaban a Lehder: eran diez. Ninguno de ellos parecía ser turista o estar de vacaciones sino más bien negociantes, la clase de negociantes cuya empresa no exige tener mucho don de gentes. Cuando apareció el fajo de billetes, Novak miró más atentamente. Fue entonces cuando Lehder levantó la vista y se dio cuenta de que lo estaban observando. Tal vez pensó que Novak era el capitán de un barco de alquiler,

y olfateó la posibilidad de hacer algún negocio con él. No era tan descabellado. Novak tenía la apariencia de alguien que ha pasado muchos años en un mar tropical, y de hecho así había sido. Podría ser así de fácil: Lehder imaginó que la vista del fajo de billetes había despertado en el insignificante guía pesquero un reflejo pavloviano y esto le pareció divertido. En todo caso, Lehder le sonrió a Novak con su amplia y relajada sonrisa.

“Hola”, dijo Novak.

Lehder asintió, luego dejó de sonreír, guardó su dinero y se alejó por el pasillo con su séquito.

Al poco tiempo, Novak dejó el Cayo del Tesoro, pero no olvidó esa sonrisa. Novak llevaba una vida sencilla que le dejaba tiempo para pensar en esas cosas. La vida de Carlos Lehder era mucho más complicada. Pronto se olvidó de Richard Novak.



En Bahamas el calor es asfixiante en agosto. Los días transcurren sin que sople la brisa después de las tres de la tarde. El humor tiende a alterarse, especialmente si chocan dos culturas, cosa que sucede con frecuencia cuando una está impaciente y paga todas las cuentas y la otra acepta con más cautela las virtudes de la ética laboral, pero necesita el dinero.

Así, en agosto y en un lugar donde los roces culturales son frecuentes, como en el Aeropuerto Internacional de Nassau, la tensión es tan alta que a la menor provocación la gente se pone a discutir acaloradamente. Eso fue lo que precisamente sucedió un día, a finales de agosto de 1978, cuando Richard Novak hacía una larga fila frente al mostrador de Bahamasair.

A medida que avanzaba con lentitud, Novak se esforzaba por aislarse de las voces alteradas de los que habían perdido el control, y trataba de contener su propia impaciencia. Su cardiólogo le había recomendado que evitara las tensiones. La advertencia misma lo tensionaba; el solo hecho de pensar en los médicos, el hospital y un ataque al corazón, lo ponía molesto. ¿Pero quién podría dejar de tensionarse en esta situación? Estaba de pie en la misma fila, en el mismo aeropuerto ineficiente y asfixiante, por onceava vez en las últimas dos semanas. Teniendo en cuenta las circunstancias, se sentía bien, mejor que nunca, se dijo a sí mismo mientras avanzaba, con el ceño fruncido por la irritación, hacia el comienzo de la fila.

El empleado lo miró sin ningún interés. Novak colocó su pasaje sobre el mostrador, al igual que las diez veces anteriores, y dijo: "Cayo Norman".

Y por onceava vez le contestaron: "El vuelo ha sido cancelado".

"¿Si van a cancelar el vuelo todos los días, para qué se molestan en anunciarlo?", preguntó, señalando la cartelera de horario de vuelos. El empleado miró al siguiente cliente haciendo caso omiso de Novak. Esto lo enfureció, y el mal humor empezó a apoderarse de él. "¿Qué excusa tienen hoy?", dijo. "¿Fallas mecánicas? ¿Mal tiempo? ¿El piloto bebió mucho anoche? Cayo Norman está a sólo cuarenta y cinco millas de acá. Y ¿cómo es posible que ustedes no sean capaces de llegar hasta allá?", preguntó a punto de dar un puñetazo sobre el mostrador.

El empleado lo miró inexpresivamente. Novak sintió que su ira iba a estallar y hacía esfuerzos por calmarse, cuando oyó una voz que decía: "¿Cayo Norman? Yo puedo llevarlo".

Novak se volteó y vio a un hombre alto bronceado, de vestido liviano y camisa de seda. Debatiéndose aún con sus emociones, Novak en un comienzo no lo reconoció. Luego miró más detenidamente sus afiladas facciones y vio que su benefactor era Lawrence Ferguson, un piloto que había visto una o dos veces en el bar del Hotel South Ocean Beach, en el que estaba hospedado.

"¿Puede llevarme?", dijo Novak.

"Sin ningún problema".

"Estupendo".

Diez minutos más tarde Novak estaba frente a un hangar acomodando en el "Cessna 210" de Ferguson su equipaje, una tula y dos tanques de buceo. Minutos después el avión carreteaba por la pista. Novak observó con atención a Ferguson cuando aceleró y levantó el avión del asfalto.

Sabía algo de pilotear aviones pues con frecuencia había viajado con su hijo Chris, un joven piloto de buen futuro. Satisfecho de saber que estaba en buenas manos, Novak empezó a relajarse un poco y a mirar cómo desfilaban las puntas de los pinos, luego la playa blanca y al final el mar, de un verde transparente al principio, y después, repentinamente, de un azul profundo. Antes

que el avión se elevara demasiado, Novak escudriñó en el agua; buscaba formas oscuras de torpedo acechando bajo la superficie. Esta vez no vio ninguna, pero a cada rato había visto tiburones desde la ventana del avión.

Alcanzaron altitud de vuelo y se nivelaron volando hacia el sudeste. Novak estaba mirando fijamente el brillante mar azul, un mar que parecía una tela mágica tachonada aquí y allá de pequeñas esmeraldas, cuando supo que Ferguson le estaba hablando.

“¿Por qué necesita ir con tanta urgencia a Cayo Norman?”.

Novak guardó silencio unos minutos. No había sido consciente de su urgencia, pero claro que era verdad. Si no, ¿por qué había insistido tanto en el aeropuerto? La pregunta de Ferguson era buena.

“Estoy buscando dónde organizar una estación de buceo”, dijo Novak. “Más que todo para investigación”.

“¿Por qué en Cayo Norman?”.

Esta era también una buena pregunta. La única respuesta era que ya no le quedaban más opciones. Hacía varios meses había cerrado el “Poseidon’s Locker”, su almacén de buceo en Cayo Largo, cansado de Florida y del continuo deterioro de sus arrecifes y de su vida marina. Aún recordaba cuando su bandera de buceo era la única entre Cayo Largo y Maratón. Ahora, los arrecifes estaban plagados de gente y en tres ocasiones había tenido que liarse a puños con pescadores ilegales y con cazadores de *souvenirs* extraídos del fondo del mar. Inclusive una vez se había visto obligado a arremeter con su barco de buceo, “Reina del Arrecife”, contra la embarcación de uno de los más malos de esos pescadores. No podía seguir exponiéndose a este tipo de situaciones, especialmente después del ataque al corazón, o como lo llamen. Florida había dejado de existir, por lo menos para el buceo. ¿Y para lo demás? De eso no estaba seguro. Lo demás quería decir Dorothy, su esposa. Se habían enamorado desde que ella estaba en la universidad en Staten Island, Nueva York, y desde entonces lo había acompañado siempre: cuando se alistó como infante de marina, durante su ascenso por los escalones académicos en Concordia College, cerca de Nueva York; en su traslado a la Florida y cuando

fundó el "Poseidon's Locker". Ella le había dado cinco hijos. El la amaba y amaba a sus hijos. Pero ellos no eran su gran amor. Su gran amor era el mar.

Richard Novak creció en el canal de Long Island. Sus primeros recuerdos eran de los días en que pescaba con su padre en una pequeña embarcación. Durante el bachillerato estudió ciencias del mar y dirigió el primero de una serie de proyectos, una investigación sobre las formas de apareamiento de los cangrejos bayoneta en Calf Island. Fue el piloto más joven del ferry de Greenwich, y siendo todavía un adolescente obtuvo la licencia para pilotear barcos de cien toneladas. Usó tanques de buceo por primera vez a los diez y seis años: se sumergió en el mar con el equipo de un amigo, sin haber tomado ninguna lección y sin pensarlo dos veces. El buceo lo obsesionó desde ese momento, y en la marina aprendió todo lo que era posible saber sobre él. El mar lo atraía más que ninguna otra cosa. Por lo menos lo había convencido de la existencia de Dios. No comprendía cómo alguien podía no creer en Dios luego de haber navegado en un barco descubierto, mar adentro. Su fe lo había llevado a la religión luterana y se había entregado a ella por completo, de la misma manera como se entregaba a todo lo que le interesaba. Había estudiado en Munich, donde había aprendido alemán, y en Columbia. Ahora era profesor de alemán, esposo, y padre de cinco hijos. Todo un éxito a los ojos de cualquier persona. Pero el mar seguía atrayéndolo, y soñaba con alguna bahía cristalina donde pudiera dedicarse a él. Tenía cuarenta y siete años. Su padre no era mucho mayor cuando murió de un ataque al corazón mientras remaba hasta su lugar de pesca favorito, en el canal de Long Island. Y aunque Novak jamás se hubiera expresado así, no se sentía realizado.

Entonces decidió tomarse un descanso. Dejó a Dorothy y a los cinco chicos, tres de ellos ya grandes, y empezó a recorrer las Bahamas en busca del trozo de mar de sus sueños. Tal vez, a no ser por un accidente, Dorothy hubiera terminado acompañándolo una vez más, pero el accidente había ocurrido. Poco antes de su ataque al corazón, ella estaba dirigiendo un grupo de buceo cerca de Cayo Largo, cuando de pronto empezó a nadar directamente

hacia las profundidades. Novak comprendió de inmediato que ella había sucumbido a una narcosis por nitrógeno, y que había perdido toda su capacidad para juzgar y para orientarse, y se lanzó tras ella, la agarró y nadó a su lado obligándola a subir hasta la superficie. Desde este accidente Dorothy no había vuelto a meterse al agua. Es más, ahora venía poco a Florida. Prefería quedarse en Concordia, donde trabajaba como administradora. Novak había mantenido abierto el "Poseidon's Locker", pero después de su ataque al corazón vinieron los problemas con su socio y las dificultades económicas. Novak vendió su parte y compró "Hechicera del Arrecife", un Proline de veinticuatro pies que aún no había acabado de pagar, y en seguida empezó a buscar un puerto donde fondearlo. Quizás, si encontraba el lugar apropiado y lograba establecerse adecuadamente, con una casa bonita y bien organizada, entonces Dorothy y los niños se reunirían con él. ¿Desear lo mejor de todo era pedir demasiado? Novak no sabía. Lo incomodaban ese tipo de preguntas. Le disgustaba tejerse ilusiones. Lo que sí sabía era que había tratado de encontrar un lugar en el Cayo del Tesoro, en Abaco, y en otros ocho sitios de las Bahamas. Seguía buscando. Cayo Norman era el último de su lista.

Esta era una larga respuesta a la pregunta de Lawrence Ferguson; la de Novak fue más corta: "He oído decir que Cayo Norman es un sitio de cría de tiburones martillo. Me gustaría comprobarlo".

Ferguson no pareció interesarse por los tiburones. Le preguntó a Novak a quién conocía en la isla.

"A nadie".

¿A nadie? Cayo Norman no es el tipo de isla para aterrizar, a no ser que haya alguien que venga a encontrarlo. Realmente no es un lugar turístico".

Novak no se consideraba a sí mismo un turista y por esta razón no tomó el comentario de Ferguson como algo personal. "Es lo que me han dicho", dijo. "Parece que el hotel y el atracadero son un secreto muy bien guardado".

Novak notó que Ferguson sonreía. "Supongo que fue Gus Holleran quien se lo contó", dijo Ferguson.

Holleran, uno de los inspectores de aduanas del aeropuerto, era efectivamente quien le había hablado a Novak sobre Cayo Norman. También le había presentado a Ferguson.

“Es verdad”, asintió Novak.

“¿Qué más le contó acerca de Cayo Norman?”.

“No mucho”. Novak empezó a describir el relato que Holleran le había hecho de la isla: historias sobre la migración de tiburones martillo, que le interesaron mucho; las once millas de arrecife virgen; el lindo hotel de diez habitaciones; la franja de tierra de tres mil pies y el fondeadero natural. Holleran le había dicho que Cayo Norman tenía un tamaño perfecto, lo suficientemente pequeño para caminar de un extremo a otro y lo suficientemente grande para albergar un número modesto de habitantes, un buen restaurante y un mercado. La isla era famosa por su lago, una laguna de agua salada rodeada por tres de sus lados y uno de los refugios más seguros contra las tormentas en todas las Bahamas. Tenía una historia pintoresca. Según Holleran, una vez había servido de cuartel general al pirata inglés que le había dado a Cayo Norman su nombre; durante la época de la Prohibición, los contrabandistas habían llevado licor desde la isla hasta la Florida. Ahora se había convertido en un refugio de marinos y vagabundos de playa, quienes la encontraban hermosa y natural.

Ferguson le puso muy poca atención a Novak y a su recuento de lo que Holleran le había dicho; sólo cuando mencionó a los contrabandistas esbozó una sonrisa. Permaneció en silencio uno o dos minutos y luego dijo: “Norman no es igual a las otras islas”

“¿Cómo así?”.

“Primero, porque es privada, privada y exclusiva. Es casi imposible comprar una casa, y el precio que se debe pagar por el alquiler de una habitación, un bote o cualquier cosa, es astronómico”.

A Novak esto no le preocupaba; sabía vivir con poco. Ahorraría mucho en comida y dormiría en la playa. Ya lo había hecho otras veces.

“No es sólo eso”, le dijo Ferguson. “A la gente de Cayo Norman no le gusta mucho que vengan extraños”.

“Yo no voy a molestar a nadie”, contestó Novak. “A mí me interesan el arrecife y la laguna. Punto”. Si el agua llenaba los requisitos él podría arreglárselas con el resto: organizar un almacén, encontrar un lugar donde vivir, traer más tarde a “Hechicera del Arrecife”.

“Ah, bueno”, dijo Ferguson. “Porque nadie le va a ayudar si algo sale mal. Allá cada cual responde por lo suyo”.

“De acuerdo”. Novak estaba acostumbrado a valerse por sí mismo. Volvió a mirar por la ventana.

Ferguson ladeó el avión para pasar entre dos nubes, desaceleró e inició su descenso sobre las islas Exumas, el archipiélago al que pertenece Cayo Norman. Las Exumas son el tipo de islas con las que sueñan los norteños en la época de invierno. Pequeñas y verdes, con largas playas de arena, tan blancas que hieren los ojos al mirarlas, y engastadas en un agua azul turquí, transparente, cuyo fondo puede verse claramente desde el avión; y todo esto —el verde de las islas, el blanco de las playas, el azul turquí del mar ribereño—, está rodeado por un agua profunda que varía entre el azul oscuro y el violeta. Novak nunca había visto las islas. Al verlas le sucedió lo que a tantos visitantes: olvidó todos los lugares que había conocido antes. Las Bahamas es uno de los archipiélagos más hermosos del mundo, y las Exumas son la quintaesencia de las Bahamas.

Ferguson sobrevoló varios cayos pequeños y luego uno más grande, Cayo Highbourne. Después se dirigió al siguiente eslabón grande de la cadena. “Cayo Norman”, dijo. Novak se inclinó para verlo mejor. La isla parecía un anzuelo, un estrecho anzuelo verde oscuro con el gancho orientado hacia el sur. Cayo Norman se veía casi completamente rodeado de extensas playas blancas y encerraba una laguna de un verde mucho más claro que el de la vegetación. “Allí está el lago”, dijo Ferguson, cuando el Cessna perseguía su sombra sobre el agua. Aún desde el aire Novak se dio cuenta de lo poco profunda que era; además pudo ver, contra el lechoso fondo blanco de arena, la silueta de un cardumen de grandes tiburones. El agua era tan transparente que se distinguía fácilmente la forma de martillo de sus cabezas. Ahora Novak había

pegado su cara al vidrio y absorbía ansiosamente todo lo que su vista podía abarcar.

En el extremo occidental del brazo más alargado del gancho, Novak vio el hotel, localizado sobre un pequeño montículo con vista al atracadero. Cerca de él había dos canchas de tenis vacías, que invitaban a jugar, bajo la sombra de las altas palmeras, y algunas casitas cerca a la orilla del mar. La pista de aterrizaje formaba un tajo diagonal que atravesaba la parte más ancha del extremo sur de la isla. Desde allí se veía una sola carretera asfaltada que se dirigía al norte a través de los árboles, tan densos que parecían una selva, pasaba frente a unas grandes casas y, finalmente, desaparecía bajo el verde follaje.

Cuando Ferguson sintonizó la radio y transmitió su código, Novak descubrió que había varias antenas muy altas sobre la isla, y algunas cisternas bastante grandes, una o dos todavía en obra. Luego, la radio crujió y una voz norteamericana, inexpresiva y tersa, le dio permiso para aterrizar. Ferguson bajó entre dos hileras de pinos y posó el avión sobre la pista de concreto logrando un aterrizaje perfecto. Recorrió la pista, que era muy larga para este tipo de isla, luego dio la vuelta y se devolvió carreteando lentamente hasta parar junto a una pequeña casa de madera donde funcionaba la aduana.

No se veía a nadie. Ferguson apagó el motor. Todo estaba muy tranquilo, y con igual tranquilidad se expresó Ferguson cuando dijo: "Ha habido algunos cambios en Cayo Norman".

Novak ya se había quitado el cinturón de seguridad y estaba de espaldas sacando sus tanques de buceo de detrás del asiento. "¿Si?".

"Sí, hay unos habitantes nuevos. Son un grupo bastante cerrado".

"Yo no vine a relacionarme", dijo Novak. "Yo sólo quiero ver el lago y los arrecifes".

"Claro, pero si hay algún problema, hable con Phil Kniskern o con Chuck Kehm. Kniskern es el constructor y Kehm el administrador de la isla".

"No se preocupe, volveré a Nassau en el próximo vuelo".

“¿El próximo vuelo?”, dijo Ferguson. Novak pensó en las once veces seguidas que le habían cancelado el vuelo de Bahamasair. “Hay muchos aviones privados en Cayo Norman; esa es su mejor opción”.

“Gracias”, dijo Novak. “Y gracias por traerme. ¿Puedo invitarle a almorzar?”.

Ferguson rechazó la invitación con un gesto. Novak recogió su equipaje y se bajó del avión. Ferguson se quedó donde estaba. Novak empezó a sospechar que Ferguson no iba a bajarse del avión cuando un hombre grande, con traje y corbata, salió de entre los árboles y se acercó. Echándole una mirada a Novak, pero sin dirigirle la palabra, arrojó dos pesados sacos de lona entre el avión, luego se subió y se sentó en el puesto que acababa de desocupar Novak. Ferguson prendió el motor, aceleró y gritó tratando de que su voz llegara a través del ruido: “¡Buena suerte!”. En seguida el Cessna carreteó la pista y se elevó hacia el norte. Pronto se convirtió en un pequeñísimo punto en el cielo.

Novak se quedó con el silencio y el calor frente a la casa aduanera. Ahora recordaba fragmentos de su conversación con Gus Holleran. ¿Había dicho algo Holleran sobre los frecuentes viajes de Ferguson entre las Exumas y Nassau? ¿Había mencionado alguna explicación? Novak cayó en cuenta de que no le había preguntado a Ferguson el motivo de su viaje a Cayo Norman ese día, y de que tampoco se lo había comentado espontáneamente. Con seguridad Ferguson no había hecho el viaje sólo por él. Claro que no, el hombre del vestido lo estaba esperando. ¿Y quién exactamente había dado el permiso de aterrizaje por radio? Novak miró a su alrededor. La isla parecía desierta. Trató de recordar lo que Ferguson le había dicho sobre Cayo Norman, pues realmente no le había puesto mucha atención; había estado demasiado ocupado pensando en los tiburones de la laguna. Ahora, tal vez le hubiera gustado hacerle algunas preguntas a Ferguson pero el Cessna ya había desaparecido, y la mente de Novak volvía a concentrarse en la laguna. Al tiempo que acomodaba los tanques sobre su espalda y se dirigía al hotel, se preguntaba si lograría organizarse a tiempo para bucear un rato antes que oscureciera.

En Cayo Norman, Bahamas, Carlos Lehder construyó una base para llevar toneladas de cocaína a los Estados Unidos. Allí también quiso convertir en realidad su mesiánico sueño de fundar una isla-nación.

Este libro es la explosiva historia de una guerra personal que se desarrolla en Cayo Norman. Los protagonistas son Carlos Lehder y Richard Novak, un terco profesor universitario que llega a la isla a investigar la vida de los tiburones martillo.

Armado con una Magnum .357 y una *Biblia*, Novak desafía al imperio de Lehder. La paradisíaca isla se convierte entonces en escenario de persecuciones, sabotajes, explosiones, ráfagas de armas de fuego...


intermedio
editores


CIRCULO
DE LECTORES